

novela en lugar de parecer un viaje de descubrimiento, parece la exhibición de un álbum de postales retocadas que no podemos revisar sino con cierto escepticismo. Los diversos matices del gris son la mejor prueba de que en algún lugar existen el blanco y el negro puros en un universo renuente a los absolutos.

Andrés García Londoño

## El paraíso escondido

### El cuarto secreto

CLAUDIA IVONNE GIRALDO GÓMEZ  
Secretaría de Cultura Ciudadana,  
Alcaldía de Medellín, Hombre Nuevo  
Editores, Medellín, 2008, 155 págs.

EN ESTA novela de Claudia Ivonne Giraldo, se dan al pie de la letra las percepciones a las que Henri Michaux nos propone acceder en su texto *Modos del dormido, modos del que despierta*, en cuanto nuestra escritora persigue como el poeta francés, que el lector viva la realidad en sus facetas tangencialmente posibles: la realidad del presente, que describe de manera objetiva la cotidianidad y la conducta humana en situación consciente; la realidad del pasado, perceptible en las maneras de la memoria (el recuerdo y las añoranzas), y la realidad deseada, a la que se puede acceder –no utópicamente– por medio de los sueños. En efecto, en *El cuarto secreto*, están como estancias de una misma habitación, cada una de esas realidades. Su propuesta estética singular reside precisamente en ello; así, la historia se desenvuelve de manera plural, en cuanto se torna, en forma entrecruzada, en presente, en recuerdos, o en sueños.

En correspondencia a lo ya expuesto, se distinguen distintos tonos afines a cada uno de estos escenarios de existencia. Igual hay en su línea verbal segmentos que aprovechan el lenguaje de las descripciones miméticas –dadas al realismo desnudo– como las maneras que provistas de poesía, o mejor, de emociones ennoblecedoras, echan mano de las imágenes sublimes –dadas al relato de sueños o vivencias

perdidas–. Estos fragmentos lo ilustran de manera puntual:

#### Descripción mimética:

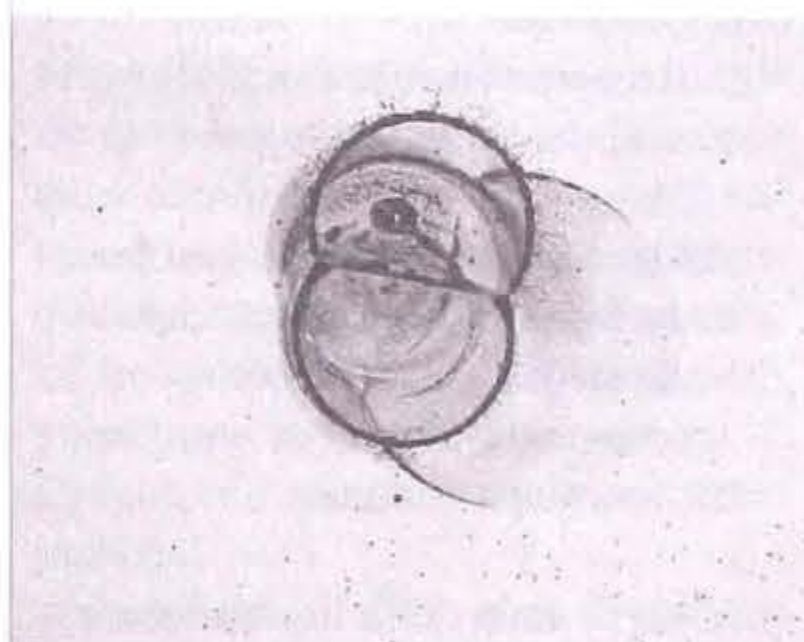
Es lunes. La ciudad, después de un fin de semana frío y lluvioso, amanece con un sol sin nubes ni viento. La brisa se ha ido a otra parte y entre el vaho caliente, sobre el cemento que rechina, los automotores desfilan como una gorda serpiente. Irene no soporta el martirio. Decide almorzar sola antes de tener que proseguir en el atasco del tráfico del mediodía. El pequeño centro comercial sin muchas ínfulas, y no muy concurrido, le es propicio.

#### Imágenes sublimes:

[...] las escaleras se internan en la tierra, cada vez más abajo, y le muestran el sótano del mundo, uno como invertido mundo que también florece allá abajo, y abajo, el manojo de huesos que la persigue, huesos ahora limpios, lavados, inocentes, otra vez destinados a cloquear por siempre. Tal vez si los enterrara podrían florecer de nuevo, producir diamantes, oro puro, carbón negro y brillante, en eso piensa mientras cava en el sueño un sótano para su casa, y en el sótano siembra unos huesos, y de los huesos salen flores y diamantes y pepitas de oro y una piedra de carbón reluciente de visos intensos, multicolores, que la hacen despertar para seguir consagrada a la tarea.

Con todo, cada situación descrita, poética o prosaicamente, en esta novela de Claudia Giraldo, tiene su centro emisor en el universo interior –aún más complejo y sutil que la realidad tangible o soñada–, del personaje cardinal, una mujer que vive y sueña su vida desde las abstracciones que suponen el ejercicio de la reflexión existencial. Una mujer en torno a la cual orbitan sus hijas, entre otros allegados, como también el ámbito de una casa que se deshhabita y se habita, que se destruye y se reconstruye. En sus páginas cada anécdota, cada ocurrencia, cada hecho o suceso, parece observado a través del prisma de las imaginaciones que enaltecen espiritualmente. Si bien la historia pareciera no tener mayor importancia anecdótica, pues está cargada de intenciones estéticas que la hacen abstracta, la emoción

que nos transmite su lenguaje, bien empleado, y su tono de complicidades delicadas, la tornan interesante en cuanto experiencias que el lector, sin lugar a dudas, complacerá a cuenta de su particular sensibilidad. La voz de Claudia Ivonne Giraldo tiene la suerte de conllevar consigo aires confesionales, la resonancia tenue de lo que se dice en secreto, o mejor, muy cerca al oído, lo que se expresa en especial para uno, para ti.



Son así mismo propios de su estilo sutil, las cosas, los objetos y las personas que ocupan el ámbito de sus escenarios: árboles y huertos, vientos y pájaros, noches y mañanas, ríos y lluvias, jardines y estancias, recuerdos de parientes ausentes o perdidos para siempre, unos y otros, dueños de una recurrente permanencia en el léxico de las creaciones literarias artísticas. Pero también están en estas páginas el silencio y el llanto, las luces apagadas y la angustia de quien sabe que no puede vivir sin amar, de quien no puede

acostumbrarse a estar sola, a transitar por esos secos días de sed, de silencio. Y las noches. Las noches. Sostenerte sobre la espalda el mundo. En la oficina no quería mirar al frente; concentrada en el trabajo, agobiada, malgeniada, había llegado a odiar un empleo que añoró y que sintió que obtuvo como un premio a su dedicación. Tenía ganas de llorar todo el tiempo y mucho sueño. Pero no podía llorar y no podía dormir. A Irene le tocaba llamarse a gritos para regresar para encontrarse: Irene, Irene, Irene... como las campanas para misa de seis.

Formalmente, desde el uso de específicos recursos, y desde la plástica de su estructura narrativa, Claudia Giraldo es hija de su tiempo (al

que llamamos posmoderno) y en respuesta a ello *El cuarto secreto*, está sostenido sobre rasgos que le son característicos: la alusión a la música –la música *rock* como corresponde a los posmodernos– y las referencias a textos y autores en términos del reconocimiento de afinidades. Relaciones, en el caso del *rock*, a Pink Floyd –para dar apenas un ejemplo– cuyas letras dicen también el mundo de la manera en que la autora que nos ocupa lo hace:

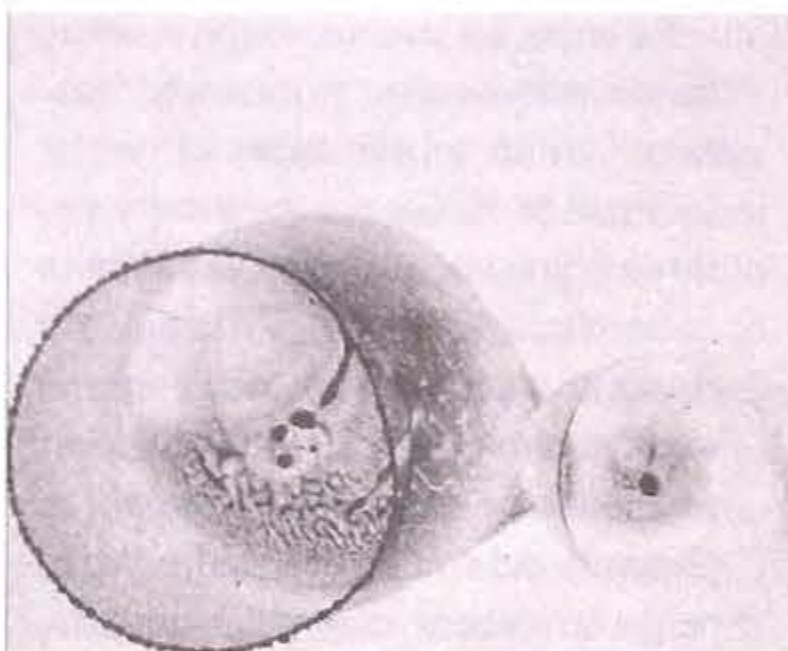
Recuerda cuando eras joven,  
tú brillaste como el sol,  
brillo en tu diamante loco...  
Ahora hay una mirada en tus ojos  
como agujeros negros en el cielo  
brillo en tu diamante loco.  
...un soplo en la brisa de acero...  
Tú lloraste por la luna...

Y, en el caso de la literatura, a escritores de la talla del poeta Malcolm Lowry, y su novela *Bajo el volcán*:

El bosque estará empapado. Y a veces se desplomará con estrépito algún árbol. Y de cuando en cuando se levantará la niebla y esa niebla se congelará. Luego todo tu bosque se convertirá en un bosque de cristal. En las ramas crecerán como hojas los cristales de hielo. Y luego, en breve, verás al quitameriendas y entonces habrá llegado la primavera.

*El cuarto secreto* es también un diario íntimo, aún más íntimo si consideramos que constituyen las reflexiones emotivas de una mujer sola, cuyo entorno de hijas, madre, abuela, tía, no alcanzan a suplir las necesidades femeninas enlazadas en forma natural, por vía del amor, por la atracción de un amante. Así, esta novela lleva también auestas, como Atlas al mundo, la difícil tarea de mantener una familia, ante todo si ésta, aún en medio de los afectos filiales y del amor, no tiene tiempo sino para mantener el equilibrio y esquivar la caída, que es la más tajante expresión de la soledad. Si bien el tema pareciera estar anclado en la fijación de una casa deseada, imaginada, o tal vez simplemente hipotética, el corazón de la historia solo cuenta la dificultad de vivir en armonía, lo duro que resulta satisfacer las necesidades, o la indefensión cuando nos enfrentamos a los deseos,

que pese a nuestro esfuerzo, permanecen como deseos.



Hay en esta novela, que recibiera en el 2007 la Beca de Creación Literaria Ciudad de Medellín, la develación de una sarta de hechos de insensatez machista, cuestionados con agudeza crítica y voluptuosidad expresiva, sin llegar a configurar una pieza de quejas feministas, pero sí enalteciendo el jardín oculto que cada mujer cultiva y cuida para llegar a él como quien llega a una casa en el bosque escondido y descubre que desde la soledad puede sobrellevarse la vida sin olvidar que ella está hecha también con la piel de los otros:

Hay un lugar, todavía inexplorado, ombligo del bosque, ¿selva?, a donde nadie ha podido entrar pues los caminos se enredan se tuercen y sacan a los caminantes de la ruta; así, y solo así puede proteger sus más preciados secretos. Dicen que muchos se perdieron en el intento, que no regresaron y que los dan por muertos. Ninguna de las fuerzas oscuras que asedian la ciudad, ninguna, ha podido ingresar. A esos apestados el bosque los lanza fuera de sus lindes. No los tolera, no los recibe, no los perdona. –¡Aquí no!–, gritan las aves desde sus escondites, y le ciegan la mirada.

No obstante, el lector es un invitado excepcional y puede, como tal, entrar a este cuarto secreto y encontrar en él la paz que persigue, la diva cotidiana de esta historia, que particularmente festejo.

**Guillermo Linero Montes**

## Lo bueno, si breve...

### *El inquilino*

GUIDO TAMAYO

Random House-Mondadori, Universidad Javeriana, Bogotá, 2011, 110 págs.

DE GUIDO Tamayo hemos sabido desde hace años, sobre todo por su vinculación como animador y director cultural de la Feria Internacional del Libro de Bogotá. También supimos del Premio Nacional de Libro de Cuentos Ciudad de Bogotá convocado por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo que ganó en 1991 con *El retablo del reposo y otros cuentos*. Quienes lo conocemos y hemos sido sus amigos a lo largo de los años, sabemos de su pasión lectora, pero –seguramente sin justicia pues cada quien tiene su ritmo– siempre le habíamos reprochado el hecho de que escribiera tan poco, o al menos que mostrara tan poco de su producción literaria. Ahora, veinte años después de la publicación de ese primer volumen de cuentos, se nos deja venir con *El inquilino*, un libro breve, brevísimo, de 110 páginas, con el que ganó en 2010 el concurso de novela corta convocado por la Universidad Javeriana y la Editorial Random House-Mondadori.

La historia –que no por acomodarse en unas pocas páginas deja de ser compleja– nos cuenta el languidecer de un escritor colombiano en una Barcelona que va y viene en el tiempo, desde los años ochenta, la década de los noventa, hasta el final –que es siempre presente– en los comienzos de este siglo. El protagonista, Manuel de Narváez, es el prototipo del escritor latinoamericano que ha viajado a España atraído como tantos en esas épocas por los destellos de los escritores del *boom* que hicieron de esa ciudad su lugar de vivienda. Allí lleva una vida bastante disipada, aunque colmada de lecturas, conversaciones, historias y escritura febril. Escritura en la que al parecer no tiene la suerte que su pasión supondría, pues el talento no lo visita como sería de esperarse porque, lo sabemos, los destinos del arte no son siempre justos. En esa zozobra de ir de bar en bar, de encontrarse con Encarna, una muchacha prostituta de provincia